

La Iglesia católica y el socialismo ANTE LA GUERRA EUROPEA

El socialismo que en sí es ya un absurdo de los más grandes, como tal se nos ha presentado en todo momento, y más que nunca en el trascurso de la guerra europea. Absurda es la doctrina, y también la conducta de sus corifeos.

Muchos de los que han anatematizado y anatematizan el derecho de propiedad privada, se han creado bonitamente una brillante manera de vivir, sin que con la de estos señores corra parejas ni mucho menos la vida todos esos pobres obreros que de escabel les han servido.

Véase si no:

Bebel, jefe de los socialistas alemanes, ha fallecido este año, dejando, entre metálico, valores, fincas y subvenciones, una fortuna de tres millones quinientos mil marcos, y habiendo vivido como un Príncipe.

El alemán Liebknecht percibe por sus predicaciones socialistas, el salario de diez mil francos.

Vandervelde, *leader* de los socialistas belgas, cuando vino a Madrid, se hospedó en el Hotel Ritz con toda clase de lujos y comodidades.

Vollmar vive en magnífico castillo, rodeado de criados, y sin que le falten automóviles y otras *pequeñeces*.

Jaures, *gran* socialista francés, tenía rentas personales y cobraba por ser diputado 15.000 francos anuales.

El austriaco Adler y el holandés Danel Nevenhuis, son millonarios también.

Alejandro Lerroux comenzó sus radicalismos y predicaciones contra la propiedad sin una peseta; hoy posee millones y vive con mucho boato.

Pablo Iglesias era un tipógrafo que vivía de su jornal; en cambio, ahora vive espléndidamente y tiene él, su mujer o un hermano de su mujer que vive con él, hermosas casas.

Y como éstos hay muchos otros.

Además de que casi todos ellos reciben honores y tienen comodidades como los *grandes burgueses*.

De igual manera que condenando la propiedad se han hecho propietarios los principales primates del socialismo, hanse vuelto belicosos, cuando hasta ahora, siempre han enarbolado, en lo referente a cuestiones internacionales, la blanca bandera de la paz pues ya sabemos (y esto es otro absurdo) que estos pacifistas de ópera bufa que cons-

tantemente, y en nombre de la fraternidad han combatido al Ejército y a la idea de otra Patria que no fuese el Universo entero no se han cansado de predicar la lucha de clases cien veces más odiosa y mil veces más cruel que la sangrienta conflagración que se extiende por gran parte de la superficie de nuestro planeta.

Hemos dicho que los socialistas se sienten militaristas, guerreros, patriotas y qué sé yo cuántas cosas más, precisamente en los momentos en que tenían oportunidad para realizar todos sus anteriores planes pacifistas y no nos retractamos: antes bien, lo sostenemos y lo probaremos con un ligero recorrido que hagamos por las principales naciones contendientes y aun por algunas neutrales.

En Rusia existía, antes de la guerra, una huelga general con vista a la revolución. Sólo en la ciudad de los Zares más de 600.000 obreros habían abandonado el trabajo.

Anunciarse el conflicto europeo y terminarse el paro, todo fué una misma cosa. Los trabajadores, advirtiendo que lo hacían para facilitar en aquellos momentos la obra del Gobierno moscovita, dieron una tregua y volvieron a reanudar sus tareas, ocupando cada uno el puesto que antes abandonó en las fábricas y talleres, y esperando allí la orden de movilización para acatarla y someterse a ella hasta con alegría.

En Austria-Hungría las cajas de las Asociaciones socialistas, quedaron exhaustas por haber donado sus fondos al Estado para que éste lo gastase en las necesidades de la guerra.

En Alemania el *leader* Hanse fué llamado por el Kaiser, a quien le dijo que antes que socialista era alemán, y que, por consiguiente, cumpliría con su deber de patriota.

Efectivamente: poco tiempo después, el periódico *Hamburger Echo*, órgano oficial del partido socialista alemán, decía en un artículo titulado: *Hable el cañón: «No es tiempo de gritar y discutir en estos momentos en que la patria peligra. ¡Decida, pues, el cañón la contienda! ¡Defina el litigio la fuerza! ¡Pueblo alemán, defiéndete!»*

Los principales cabecillas se incorporaron en filas, algunos de ellos aceptando graduación, como Liebknecht, que viste el uniforme militar de suboficial.

En Bélgica, Vandervelde, jefe de los socialistas de aquel país, entró a formar parte del Gobierno (compuesto hasta

entonces de católicos) con el fin, según nos dicen, de poder marchar a la lucha todos unidos.

En Francia, también figuran en el ministerio los nombres de los socialistas Guesde y Sembat.

En Inglaterra se desconoce el socialismo; mas si consideramos como similar a tal, las enormes organizaciones obreras del Reino Unido, las célebres Trade-Unions, a juzgar por el silencio de la Prensa, deben prestar su conformidad y hasta es casi seguro que su cooperación a la acción guerrera de su nación.

Si pasamos revista a algunas de las principales naciones neutrales de Europa, observaremos que ocurre cosa análoga.

Las izquierdas, incluyendo en ellas al partido socialista, han sido y son partidarias, a juzgar por los escritos de sus periódicos, de que Italia ocupe por las armas el territorio austriaco que un día fué parte integrante de esta península y han querido lanzar a Portugal a los campos donde Marte ha encontrado un trono como nunca pudo soñarlo.

¿Y para qué salir de nuestra Patria si en ella tenemos pruebas también contundentes sobre las estridencias belicosas de los hasta ahora disfrazados pacifistas?

El *gran patriota Lerroux*, desertor del Ejército y redentor del pueblo, y su lugarteniente Emiliano Iglesias, han escrito, hablado y viajado por Francia y España para hacer que nuestra nación, abandonando su neutralidad, marchara en ayuda de los aliados, por lo cual se han ganado las antipatías del hidalgo pueblo español y un cariñoso recibimiento de la noble ciudad irunesa.

Hasta el otro Iglesias, el *compañero* Pablo, el que cuando el olocuente diputado tracionalista Sr. Vázquez de Mella anunciaba la actual guerra con el dón de vidente que le caracteriza, dijo que la conflagración europea era imposible, porque a ella se opondrían los socialistas del mundo entero, ha declarado no hace muchos días en el Congreso, que es partidario de mantener la neutralidad española, porque por culpa de los Gobiernos no estamos lo suficientemente armados para tomar parte en la contienda y que de estar preparados él votaría porque ayudásemos a las naciones aliadas. ¡Admirable!

¡Cuán distinto ha sido el proceder de la Iglesia católica!

Su lema es amor y paz, y por él ha laborado constantemente, aunque no siempre con fruto, debido a las vicios de los hombres.

En esta misma catástrofe, cuando su comienzo, Pío X--aquel santo anciano que hasta no hace mucho tiempo ocupaba dignamente la Cátedra de San Pedro, aquel venerable Pontífice lleno de bondad y mansedumbre, que prosiguiendo con brillantez la historia de sus predecesores, interpuso, antes, su egregia figura entre Méjico y los Estados Unidos, precisamente cuando comenzaba un choque sangriento entre ambas naciones,—hizo llegar su voz augusta que pedía paz y amor entre los hombres, a los oídos de los jefes de los países contendientes, sin que por desgracia, sus esfuerzos se viesan coronados por el éxito.

Benedicto XV, apenas elevado al solio pontificio, ha dejado oír su paternal voz en una Encíclica dirigida a todos los católicos del orbe *exhortando y rogando a todos y principalmente al Clero, que insistan y procuren con oraciones públicas y privadas implorar a Dios para que, acordándose de su misericordia, deje el flagellum iracundiae, este azote de su ira con que castiga los pecados de los pueblos.*

En *L'Osservatore Romano*, órgano de la Santa Sede, constantemente salen notas oficiales pidiendo a las naciones beligerantes suavicen, en lo posible, los procedimientos de guerrear, procuren dar buen trato a los prisioneros, etc.

Y, últimamente, otra nueva Encíclica ha dirigido el Vicario de Cristo a todos los Obispos del mundo católico. En ella trata sobre las causas de las luchas de las naciones y de los hombres entre sí, y del empleo del sincero amor mutuo y de la caridad cristiana como antídoto a estos malos.

¡Qué distinta manera de proceder la de la Iglesia católica a la del socialismo universal!

Pues bien: *El Socialista*, de Madrid, aún tiene el cinismo de achacar a la Iglesia católica la culpa de todo cuanto en la guerra acontece, haciendo uso para ello de groseros insultos y descaradas calumnias.

¡Oh, qué lejos se encuentran la razón, la lógica, la sinceridad y la justicia, de nuestros revolucionarios!

S. LEZO